

JULIÁN SCHVINDLERMAN

ESCAPE HACIA LA UTOPIÍA



El Libro Rojo de Mao
y el *Libro Verde de Gadafi*

Editorial Biblos
P O L I T E I A

JULIÁN SCHVINDLERMAN

ESCAPE HACIA LA UTOPIÍA

El *Libro Rojo* de **Mao** y el *Libro Verde* de **Gadafi**

Editorial Biblos

ESCAPE HACIA LA UTOPIA

Los famosos textos de dos ideólogos catastróficos -el Libro Rojo de Mao Tse-Tung y el Libro Verde de Muamar el-Gadafi- son escrutados sin piedad en este libro singular. El autor nos enfrenta a dos profetas de la perdición y a las consecuencias políticas y humanitarias resultantes de sus visiones grandiosamente fallidas y extremadamente peligrosas. Nos sumerge con precisión dolorosa en los mundos oscuros de estos proyectos tiránicos, legándonos un aprendizaje histórico de dimensiones morales ineludibles. Leer estas páginas es una inmersión a las aguas profundas de lo calamitoso, para reemerger a la superficie con renovada convicción en la inutilidad abyecta de todo emprendimiento totalitario. Un veredicto categórico contra los iluminados de la historia.

“Valiente y creativo, audaz y sólido, Julián Schvindlerman hace en este libro lo que pocos -prisioneros de la «especialización»- se atreven a hacer: rompe fronteras, une mundos que nadie suele asociar. Y rotas las fronteras, lo particular se vuelve universal. Gadafi y Mao expresan el eterno impulso redentor que animó a los Hitler y a los

Stalin, el impulso que, invocando la tierra prometida y la felicidad eterna, transforma a los gobernantes en tiranos y a los ciudadanos en súbditos. Se creyeron artistas, los creyeron dioses. La materia de sus experimentos fue la vida de los demás: su «modernidad» fue lo más primitivo que existió.”

Loris Zanatta, profesor en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Bolonia

“Impresiona el conocimiento detallado del autor, quien sabe adaptar muy bien la información histórica a un marco analítico lógico y persuasivo.”

Yoav Tenenbaum, profesor en la Escuela de Diplomacia de la Universidad de Tel Aviv



JULIÁN SCHVINDLERMAN

Es profesor titular de la asignatura Política Mundial en la carrera de Relaciones Internacionales en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Palermo. Es autor de *La carta escondida: historia de una familia árabe-judía*, *Roma y Jerusalén: la política vaticana hacia el Estado judío*, *Tierras por paz, tierras por guerra* y *Triángulo de infamia: Richard Wagner, los nazis e Israel*. Tiene un blog en *The Times of Israel*, una columna en Radio Universidad (Córdoba) y colabora con *Infobae* y *Perfil*. Sus artículos han sido publicados en diarios de casi toda América Latina, y ha sido entrevistado por las ediciones en español de CNN, Sputnik, France24, i24 News y NTN24, entre otros. Ha dictado conferencias en universidades e instituciones de la Argentina, Aruba, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Curazao, Ecuador, España, El Salvador,

Guatemala, Israel, México, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela. Posee una licenciatura en Administración por la Universidad de Buenos Aires y una maestría en Ciencias Sociales por la Universidad Hebrea de Jerusalén.

*A Elie Wiesel, Charles Krauthammer y
Oriana Fallaci, mis tres héroes ya idos.*

Nota

Las fuentes primarias consultadas han sido las obras (traducidas al inglés o al castellano) de Mao Tse-Tung y Muamar el-Gadafi. El resto de la información ha sido tomada de los autores listados en la bibliografía, incluidas citas a otros autores que ellos realizan. Vaya a ellos el reconocimiento correspondiente por sus investigaciones originales, las que sirvieron de base para dar forma al presente texto.

Índice

Cubierta

Portada

Acerca de este libro

Dedicatoria

Prefacio

El *Libro Rojo* de Mao Tse-Tung

El Gran Timonel

El paraíso del idealista

El infierno del represor

Conclusión

El *Libro Verde* de Muamar El-Gadafi

Abu Shafshufa

Las reflexiones del revolucionario

La barbarie del coronel

Conclusión

Epílogo. Absolutismo y literatura

Bibliografía

Créditos

Prefacio

Las revoluciones, como los árboles, se reconocen por sus frutos

Ignazio Silone

Puede haber cierta arbitrariedad en la elección de dos obras sobre la base de los colores incluidos en sus títulos o por cómo se las conoce, pero ello ofrece una perfecta excusa intelectual para reflexionar sobre la naturaleza del totalitarismo en el siglo xx. La oportunidad de este ensayo histórico-político acerca del comunismo en China y del islamismo socialista en Libia es reforzada por los aniversarios septuagésimo y quincuagésimo del ascenso al poder de Mao Tse-Tung y de Muamar el-Gadafi respectivamente, celebrados en 2019. El propósito de este trabajo es presentar las utopías políticas que animaron la comisión de indescriptibles atrocidades en naciones tan dispares como China y Libia, así como exponer la brecha entre las ideas revolucionarias de los líderes y el sufrimiento en el terreno de los individuos, tan comunes a los emprendimientos totalitarios mesiánicos.

Para ello han sido estudiadas las ideas contenidas en el *Libro Rojo* de Mao y el *Libro Verde* de Gadafi y expuestos los devastadores resultados al plasmar sus proclamas a las realidades china y libia. Se verá cómo las intenciones de crear paraísos políticos terminaron provocando infiernos humanos; con qué facilidad -y velocidad- grandes visiones puritanas derivaron en hecatombes masivas, donde las promesas de igualdad y justicia se desfiguraron en tiranías calamitosas. Las historias del *Libro Rojo* y del *Libro Verde* echarán luz sobre el sendero hacia el abismo -y la caída en él- de dos pueblos enteros empujados por los delirios idealistas de sus autoproclamados guías-salvadores.

En suma, dos libros seminales y sus historias demenciales -las de sus autores y las de sus patrias- reunidos para el escrutinio intelectual y la crítica retrospectiva. Esta obra busca ser a la vez una narración de denuncia de los horrores del pasado y una advertencia contra los falsos redentores del futuro.

EL *LIBRO ROJO* DE MAO TSE-TUNG

El Gran Timonel

Dentro de mil años, todos nosotros, incluso Marx, Engels y Lenin, probablemente luzcamos bastante ridículos.

Mao Tse-Tung, 1965

Mao Tse-Tung tenía apenas diez años cuando la primera, tímida traducción de la teoría marxista apareció en China, en 1903. Se trataba apenas de un fragmento del marxismo, una simple cita del *Manifiesto comunista*, tomada de un libro en japonés titulado *Socialismo contemporáneo* que abordaba la historia y el desarrollo de esa ideología. Otros libros y artículos sucedieron a esa incipiente publicación, pero recién en 1908 se publicó, en una revista llamada *Justicia del Cielo*, el prefacio entero de Friedrich Engels a la edición de 1888 del *Manifiesto comunista*. En Asia Oriental, las ideas socialistas entraron por Japón inicialmente, especialmente en círculos cristianos. Estudiantes chinos en Japón regresaron a su país llevando consigo ideas socialistas y comunistas. También estudiantes chinos en París abrazaron al anarquismo y lo importaron a su país. Fue desde Tokio y París, antes que Moscú, de donde llegaron el socialismo, el comunismo y el anarquismo

a China, lo que no minimiza la influencia rusa en el comunismo chino. El libro *El abecé del comunismo* –escrito en 1919 por Nikolai Bujarin y Yevgeni Preobrazhensky, que ofrecía una introducción a la terminología y los conceptos marxistas– fue traducido al poco tiempo al chino. La posterior exposición del joven Mao a las ideas de Marx y Engels tendrá un impacto profundo y duradero en él y, eventualmente, en toda China. “El comunismo no es amor”, concluirá Mao tras su inmersión en el estudio de esta doctrina, “el comunismo es un martillo que se usa para aplastar al enemigo”.

La adhesión de Mao al comunismo no se debió a la ignorancia o a la ausencia de opciones. De niño aprendió confucianismo y literatura clásica china. Se compenetró con el *Espejo completo para la ayuda de gobierno* de Zizhi Tongjian (siglo XI) y con *Cosas esenciales sobre los países y las regiones para estudiar la historia* de Tushi Fangyu Jiyao (siglo XVII), así como con clásicos chinos no canónicos como *Los tres reinos*, *El margen del agua* y *Viaje a Occidente*. De adolescente leyó sobre Napoleón, Pedro el Grande, el duque de Wellington, Abraham Lincoln y George Washington. Como joven adulto incursionó en *El espíritu de las leyes* de Montesquieu, *El contrato social* de Jean-Jacques Rousseau, *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, *El origen de las especies* de Charles Darwin, así como en textos de John Stuart Mill, Herbert Spencer y Thomas Huxley, traducidos del inglés por académicos chinos que estudiaron en Inglaterra o tomados de

traducciones japonesas. Un ejemplar de la biblioteca de Mao que sobrevivió con sus anotaciones fue la traducción al chino de *Un sistema de ética* del filósofo Friedrich Paulsen. Una de sus notas dice: “Dejad que la destrucción juegue el papel de una madre que da vida a un nuevo país”. De manera que Mao tuvo contacto con las ideas occidentales sobre la democracia, la libertad, el individuo, la economía de libre mercado, la legalidad y la relación entre gobierno y gobernados. Pero él se dejó seducir por el marxismo, y a temprana edad ya proponía aplicar en China el “comunismo extremo” con sus “métodos de dictadura de clases”.

En 1920, Mao inauguró su propia librería cultural en la ciudad de Changsha, en la provincia de Hunan, que vendía textos izquierdistas, socialistas y marxistas, como una introducción a *El capital*, un estudio sobre la *Nueva Rusia*, *El sistema soviético y China*, así como la revista china *Mundo de los Trabajadores*. El negocio prosperó y llegó a tener una decena de vendedores. Al año siguiente, con veintisiete años, cofundó el Partido Comunista Chino (PCCH). De ahí en más, el destino de China cambiará por completo. Durante las siguientes tres décadas aproximadamente, Mao luchó en las guerras civiles de su país, lidió con Iósif Stalin, corrió de lado a sus adversarios, combatió contra los japoneses, formó varias familias, superó desafíos personales e impuso el gobierno comunista en algunas localidades chinas. Todo esto, como notó un historiador, fue *antes* de hacerse con el poder en su país.

Una vez que tomó el control de China, el Gran Timonel sometió a sus cientos de millones de súbditos a una enteramente evitable hambruna masiva, una revolución cultural desquiciada, un exaltado culto a su personalidad, experimentos socioeconómicos fallidos y caprichos personales varios durante casi tres décadas que dejaron a la población paranoica, aterrada y exhausta.

El líder chino estuvo dispuesto a ocasionar una gran devastación humana a una escala inconcebible con tal de alcanzar sus objetivos económicos y realizar sus fantasías políticas. Su receta del Gran Salto Adelante y su Revolución Cultural provocaron la muerte a entre 45 y 60 millones de personas; superando así el número de víctimas civiles provocado por Adolf Hitler e Iósif Stalin en el siglo xx. “Bien pudiera ser que tuviera que morir la mitad de la China”, acotó Mao, indiferente al sufrimiento colosal que estaba ocasionando. El sinólogo belga Simon Leys ejemplificó a la China del período maoísta como un barco en altamar al mando de un capitán caprichoso e inestable que con cada giro brusco del timón echaba al agua a la mitad de la tripulación. Su desprecio por la vida (ajena) quedó expresado en esta frase suya singularmente elocuente: “Cuando los teólogos hablan del día del Juicio Final, son pesimistas y aterran a la gente. Nosotros decimos que el fin de la humanidad es algo que producirá algo más avanzado que la humanidad. La humanidad se halla todavía en su infancia”. En la milenaria historia de China, solo el emperador Qin Shi Huang (221-210 a.e.c.)

podría competir con Mao en padecimiento popular infligido. Qin fue quien comenzó a construir la Gran Muralla -en la que se dice que cada ladrillo costó una vida- y “dado que la población era mucho más pequeña entonces, es probable que Mao lo haya superado en números absolutos” subrayó *The Economist*.

Ni siquiera el reino animal escapó a su varita destructiva. Insólitamente, Mao acusó a los gorriones de estar devorando los granos que podían alimentar a los niños chinos e incitó a los granjeros a atacarlos. La China rural vivió así una masiva cruzada antigorriones que se implementó por medio de una guerra de sonidos. Los campesinos golpeaban sus cacerolas ruidosamente para mantener a las aves asustadas en el aire mientras sus hijos rompían los nidos en los árboles. El resultado de esta campaña nacional fue exitoso: millones de gorriones cayeron a la tierra muertos de cansancio. Esta cacería absurda trajo una consecuencia no anticipada por el Gran Timonel. Ante la ausencia de gorriones, los insectos que dañaban las cosechas tuvieron el camino libre para diezmarlas, y con las cosechas arruinadas los campesinos padecieron hambre a tal extremo que ocasionalmente emergió el canibalismo.

El pueblo podía estar muriendo de hambre, pero el pensador Mao podía divagar filosóficamente sobre el destino animal:

En el futuro los animales continuarán desarrollándose. No creo que solo los hombres sean capaces de tener dos manos. ¿No pueden evolucionar los caballos, las vacas, las ovejas? ¿Solo los monos pueden evolucionar?... Dentro de un millón de años, diez millones de años, ¿serán los caballos, las vacas y las ovejas lo mismo que ahora? Yo creo que no dejarán de cambiar. Los caballos, las vacas, las ovejas y los insectos, todos cambiarán.

Mientras el reino animal y la raza humana padecían las consecuencias de sus políticas en China, Mao se hizo el tiempo para escribir. De hecho, sería perfectamente razonable aducir que, de no haber entrado a la política, podría haber sido un ensayista y un poeta de envergadura. Mao escribió desde joven, reflejando por medio de la pluma sus muchas experiencias políticas y personales. Tras los combates, escribió; tras las separaciones de sus esposas, escribió; tras sus triunfos partidarios, escribió. Mao fue un ideólogo serio y un creador de frases cautivantes que resonaron en casi todos los confines de la Tierra. Como ha notado el periodista escocés Daniel Kalder, así como el eslogan comercial “Just do It!” es universalmente reconocido hoy en día, muchas de las creaciones lingüísticas de Mao alcanzaron fama mundial en su tiempo, especialmente, pero no exclusivamente, entre sus admiradores. Entre ellas: “La revolución no es un banquete”, “El poder político nace del cañón de un arma”,

“Una sola chispa puede incendiar la pradera”, “Todos los reaccionarios son tigres de papel”, “Los marxistas no son adivinadores” y “Las balas recubiertas de azúcar de la burguesía”.

Tal fue la cantidad de latiguillos, reflexiones, poemas, artículos y discursos redactados y pronunciados por Mao, que a mediados de la década de 1960 el gobierno chino decidió reunirlos en un compendio oficial único. Se lo conoció indistintamente como *Citas del presidente Mao*, *El Pequeño Libro Rojo* o *El Libro del Tesoro Rojo*. Con Mao aun en vida en esos años, solamente en China se imprimieron más de mil millones de ejemplares, guarismo que superaba a la población local de la época (750 millones). Al poco tiempo, el régimen comunista chino inició traducciones a idiomas foráneos. Para 1971, la obra literaria cumbre del maoísmo contaba 110 millones de ejemplares repartidos en treinta y seis lenguas diferentes. Movimientos guerrilleros, especialmente en Perú, Nepal, Camboya y la India, lanzaron insurrecciones violentas inspirados en sus ideas. Su influencia se hizo notar desde Tanzania hasta Albania, desde Italia hasta Yugoslavia y desde Moscú hasta California. Arrasó ideológicamente al Tercer Mundo y sedujo románticamente a intelectuales como Julia Kristeva, Jean-Paul Sartre, Michel Foucault y Alan Badiou. Se estima que su compendio es el texto más leído en la historia, solo superado por la Biblia.

La “estética Mao” con los rayos del sol surgiendo detrás de su rostro sonriente se reprodujo en serie y toda China

quedó cubierta de afiches con su imagen radiante. Estatuas doradas que lo corporizan fueron ubicadas en las calles, plazas y universidades de las ciudades. Su rostro fue impreso en miles de millones de pins para que los chinos pudieran clavarlos en sus ropas, próximos a sus corazones. Billetes nacionales, llaveros, encendedores, yo-yos, relojes y tarjetas en millones de cantidades llevaron su cara grabada en ellos. Talismanes con su imagen colgaron de los espejos en los automóviles de taxistas y su figura apareció en altares hogareños. Las biografías de Mao han sido extremadamente populares y vendieron grandes cantidades de ejemplares.

Su *Libro Rojo* y el mercadeo de su figura parecen haber sido un exitoso negocio capitalista. Nada mal para un comunista.

El paraíso del idealista

El origen del *Libro Rojo* se remonta a enero de 1961, cuando el recientemente designado ministro de Defensa, cómplice de Mao de larga data y presunto heroinómano, Lin Biao, instruyó al órgano de prensa del Ejército de Liberación del Pueblo (ELP) a publicar a diario una perla de sabiduría del camarada Mao. Estas citas se publicaron en color rojo para distinguirlas de otras noticias cotidianas. Los soldados tomaron el hábito de recortar esas frases y pegarlas en libretas personales, lo que llevó al Departamento Político del ELP a armar una compilación oficial de las reflexiones maoístas, en 1964. Inicialmente contenía alrededor de doscientos extractos de los ensayos del presidente chino a lo largo de veintitrés capítulos. Al cabo de unos meses, se expandió a trescientas veintiséis citas esparcidas en treinta capítulos. Se crearon dos versiones, una de tapa blanca, para los rangos bajos, y otra de tapa roja, para los mandos superiores. En agosto de 1965 se optó por editar una sola versión, con tapa impermeable roja para proteger su valioso contenido y en tamaño de bolsillo. Estaba diseñado para que la tropa pudiera cargarlo dentro de los bolsillos del uniforme militar. Esta versión definitiva contaba con 427 citas o extractos maoístas del período 1929-1964 y se extendía a lo

largo de treinta y tres capítulos. El *Libro Rojo* había nacido. Su título oficial era *Mao zhuxi yulu (Citas del presidente Mao)* y el prefacio de Lin Biao lo presentaba así:

Mao Tse-Tung es el más grande marxista-leninista de nuestra época. Ha heredado, defendido y desarrollado de manera genial y creadora y en todos sus aspectos el marxismo-leninismo, elevándolo a una etapa completamente nueva. El pensamiento de Mao Tse-Tung es [...] una poderosa arma ideológica en la lucha contra el imperialismo [...] la tarea más fundamental en el trabajo político-ideológico de nuestro partido es mantener siempre en alto la gran bandera roja del pensamiento de Mao Tse-Tung [...] Para asimilar efectivamente el pensamiento de Mao Tse-Tung, es necesario estudiar una y otra vez los muchos conceptos fundamentales del presidente Mao; conviene aprender de memoria sus frases clave, estudiarlas y aplicarlas reiteradamente. En la prensa deben insertarse constantemente citas del presidente Mao de acuerdo con la realidad, para que la gente las estudie y aplique [...] Una vez dominado por las vastas masas, el pensamiento de Mao Tse-Tung se convierte en una fuerza inagotable, en una bomba atómica espiritual de infinita potencia. La edición en gran cantidad de *Citas del presidente Mao Tse-Tung* constituye una importantísima medida para

[...] la revolucionarización de la mente de nuestro pueblo.

Las antologías en China se remontan a la época de Confucio y tenían por objeto servir de guía espiritual o moral al pueblo. La antología maoísta tenía esa misma intención, aunque en términos modernos podemos considerarla una herramienta de propaganda política. Originalmente el *Libro Rojo* fue diseñado para soldados, quienes podían estudiar a Mao con el beneficio de la guía de sus superiores. Una vez que el compendio salió de las barracas hacia el gigantesco mercado chino, resultó difícil darle sentido a muchas de sus reflexiones. Las citas y los pensamientos de Mao son presentados sin contexto y de manera fragmentada, lo que no contribuye a su entendimiento cabal. Lo que sí queda en claro es que Mao odiaba a los capitalistas, a los imperialistas, a los nacionalistas, al feudalismo, a los intelectuales, a Japón y a Estados Unidos; y que amaba al campesinado, al proletariado lumpen, a la clase obrera, a los comunistas y la teoría marxista. Los ejes temáticos son muchos: la guerra y la paz, el patriotismo y el internacionalismo, el comunismo y el socialismo, las masas, la lucha de clases, la economía y la política, las relaciones entre el ejército y el pueblo, el estudio, la unidad, la disciplina, la crítica y la autocrítica, el arte y la cultura, la educación ideológica y... las mujeres.

Aunque Mao fue un ensayista riguroso y un poeta de cierto talento, al amontonar sus *hits* en una sucesión interminable de citas, el *Libro Rojo* transforma a sus reflexiones en algo tedioso y poco atractivo. No es que, leídas en su totalidad, en sus fuentes originales o conociendo el contexto, su prosa o conclusiones sean una maravilla literaria o teórica. Pero al menos se puede entender la coyuntura en la que Mao dijo esas cosas y su expresión adquiere un mayor sentido. Al leerlas bien entrado el siglo XXI lucen terriblemente anacrónicas, y uno no puede menos que compadecer a los millones de chinos que se vieron forzados a aprenderlas, memorizarlas y recitarlas con pasión, real o fingida. Sus páginas ofrecen muchas de las reflexiones más famosas de Mao, citas clásicas y frases de alto impacto. También contienen elucubraciones confusas, una prosa marxista extenuante y pronunciamientos rimbombantes. No obstante algunas perlas de creatividad y bolsones de sagacidad aquí y allá, cuesta comprender que millones de seres humanos dentro y fuera de China hayan caído presas de la fascinación por este compendio ideológicamente pretensioso y literariamente aburrido.

A continuación, unas pocas citas reflectoras de la sabiduría maoísta: “El viento del este prevalece sobre el viento del oeste”, “Todos los reaccionarios son tigres de papel”, “Todos los comunistas tienen que comprender esta verdad: el poder nace del fusil”, “Sin un ejército popular, nada tendrá el pueblo”, “El pueblo, y solo el pueblo, es la

fuerza motriz que hace la historia mundial”, “Existe latente en las masas un entusiasmo inagotable por el socialismo”, “El Partido Comunista de China es el núcleo dirigente del pueblo chino. Sin este núcleo la causa del socialismo no puede triunfar”, “Toda acción de un partido revolucionario es la aplicación de su política. Si no aplica una política correcta, aplica una errónea; si no aplica determinada política de modo consciente, la aplica a ciegas”, “En la sociedad de clases, cada persona existe como miembro de determinada clase, y todas las ideas, sin excepción, llevan su sello de clase”, “En cuanto a los reaccionarios chinos, nos incumbe a nosotros organizar al pueblo para derribarlos. Con todo lo reaccionario ocurre igual: si no lo golpeas, no cae. Esto es como barrer el suelo: por regla general, donde no llega la escoba, el polvo no desaparece solo”, “Son nuestros enemigos todos aquellos que están confabulados con el imperialismo”, “Después de eliminados los enemigos con fusiles, quedarán aún los enemigos sin fusiles, quienes entablarán, inevitablemente, una lucha a muerte contra nosotros; jamás debemos subestimarlos”, “Los comunistas nunca ocultamos nuestras aspiraciones políticas... nuestra concepción marxista del mundo indica de manera inequívoca este supremo ideal para el futuro, infinitamente bello y luminoso”, “La pobreza impulsa el anhelo de cambio, de acción, de revolución. En una hoja de papel en blanco, desnuda, se pueden escribir las palabras más nuevas y hermosas y pintar los cuadros más originales y bellos”, “Nuestro Estado es una dictadura democrática

popular dirigida por la clase obrera y basada en la alianza obrero-campesina. ¿Para qué esta dictadura? Su primera función es reprimir, dentro del país, a las clases y los elementos reaccionarios, a los explotadores que oponen resistencia a la revolución socialista y a los que sabotean nuestra construcción socialista”, “La guerra revolucionaria es una antitoxina, que no solo destruirá el veneno del enemigo, sino que también nos depurará de toda inmundicia”, “Sí, somos partidarios de la teoría de la omnipotencia de la guerra revolucionaria; eso no es malo; es bueno, marxista”.

Las frases citadas están entre las más ilustrativas del canon maoísta. Pongamos atención ahora a las ideas expuestas en sus ensayos más notables.

Reporte sobre una investigación acerca del movimiento campesino en Hunan es un texto que Mao escribió en 1927 en una coyuntura de revueltas rurales y de luchas entre nacionalistas y comunistas en China. De entrada, Mao vio en el campesinado la fuerza impulsora de la revolución social, a diferencia del marxismo estalinista que hacía hincapié en el poder revolucionario del proletariado industrial. Tras pasar más de un mes en la provincia de Hunan, apoyándose en evidencia anecdótica personal, Mao argumenta que serán los peones quienes derrocarán a los terratenientes feudales y mutilarán las tradiciones ancestrales: “Para dar crédito donde corresponde, si asignamos diez puntos a los logros de la revolución democrática, entonces los logros de los habitantes de las

ciudades y los militares califican solo tres puntos, mientras que los siete puntos restantes deben ir a los campesinos en sus zonas rurales”. Con fervor, sintetizará este punto en el subtítulo de su tratado: “¡Abajo los tiranos locales y la malvada burguesía! ¡Todo el poder a las asociaciones campesinas!”. En esta, su primera obra política, Mao legará una de sus frases más potentes, la cual será posteriormente adoptada por grandes cantidades de grupos marxistas *urbi et orbi*: “Hacer la revolución no es ofrecer un banquete”. La cita entera es esta: “Hacer la revolución no es ofrecer un banquete, ni escribir una obra, ni pintar un cuadro o hacer un bordado; no puede ser tan elegante, tan pausada y fina, tan apacible, amable, cortés, moderada y magnánima. Una revolución es una insurrección, es un acto de violencia mediante el cual una clase derroca a otra”. Interesantemente, Lenin no es citado y el marxismo es mencionado hacia el final. Fue traducido al inglés y publicado ese mismo año en la revista *Communist International*, globalizando así a Mao y sus ideas en círculos marxistas.

Una sola chispa puede incendiar la pradera es una antigua frase china que Mao incorpora en una carta enviada en 1930 a su colega comunista Lin Biao (el mismo que décadas después creará *Citas del presidente Mao*) y terminará siendo el título de su nuevo ensayo. Aquí Mao pretende romper con el pesimismo que reina en el PCCH. Alega que las fuerzas revolucionarias pueden no estar organizadas, pero, señala, tampoco lo están los enemigos

del pueblo. “Los camaradas que padecen el mal de la precipitación revolucionaria sobreestiman las fuerzas subjetivas de la revolución”, asegura, empleando el término “subjetivas” como sinónimo de “organizadas”. Propone crear un ejército popular y esparcir el ánimo revolucionario en contra de los caudillos militares, los imperialistas y los terratenientes. “Toda China está llena de leña seca, que arderá pronto en una gran llamarada”, vaticina. “El proverbio «una sola chispa puede incendiar la pradera» es una descripción apropiada de cómo se desarrollará la situación actual.” Su aporte más práctico en este ensayo será el más perdurable: sobre cómo llevar adelante una guerra de guerrillas. Dice Mao:

Las nuestras son tácticas guerrilleras, que consisten en los siguientes puntos: dividir las fuerzas para movilizar a las masas y concentrarlas para hacer frente al enemigo. Cuando el enemigo avanza, retrocedemos; cuando acampa, lo hostigamos; cuando se fatiga, lo atacamos; cuando se retira, lo perseguimos. Para ampliar las bases de apoyo estable, adoptamos la táctica de avanzar en oleadas. Cuando nos persigue un enemigo poderoso, adoptamos la táctica de dar rodeos. Movilizar a la mayor cantidad de masas en el menor tiempo posible y con los mejores métodos a nuestro alcance. Estas tácticas son como manejar una red; debemos ser capaces de tenderla o recogerla en

cualquier momento. La tendemos para ganarnos a las masas, y la recogemos para hacer frente al enemigo.

Su llamado a centrarse en el armado de un movimiento guerrillero popular y los modos de acción sugeridos tuvieron gran influencia en China y fuera de ella. Mao concluye este trabajo con una meditación sobre la inevitabilidad revolucionaria:

Los marxistas no son adivinos. Deben y pueden señalar solo el rumbo general del desarrollo futuro y los cambios venideros; no deben ni pueden fijar en forma mecánica el día y la hora. Sin embargo, cuando digo que surgirá pronto un auge revolucionario en China, de ningún modo me refiero a algo que, según dicen algunos, “tiene la posibilidad de surgir”, algo ilusorio, inalcanzable y absolutamente desprovisto de significado práctico.

Luego adopta un tono poético para ilustrar el punto:

El auge revolucionario es como un barco en el mar, del cual se divisa ya desde la costa la punta del mástil; es como el sol naciente, cuyos rayos luminosos se ven a lo lejos en el oriente desde la cumbre de una alta montaña; es como una criatura

que va a nacer y se agita impaciente en el vientre de la madre.

Tras la publicación de este texto, el comunismo ruso anunció que Mao había muerto de tuberculosis y publicó un obituario. Desde ya, el agitador chino estaba vivo y coleando. Y escribiendo. Cuatro meses después de su ensayo previo, Mao produjo *Oponeos a la veneración de los libros*, que constituye básicamente un ataque conceptual al modo de proceder de los comunistas teóricos rusos y de los comunistas chinos conformistas. “Si no habéis investigado un problema, os veréis privados de vuestro derecho a hablar sobre él”, postula. “¿No es eso demasiado duro? En absoluto. Si no habéis ahondado en un problema, en los hechos presentes y en su historia pasada, y no sabéis nada de lo que en él resulta esencial, todo lo que digáis sobre él carecerá indudablemente de sentido.” Mao no tenía instrucción soviética, no leía ruso ni alemán –las lenguas de Lenin y Marx– y sostenía que el marxismo era fantástico pero que al aplicarlo al contexto chino debía considerarse la realidad china, no la rusa. Esto no caía bien entre los comunistas soviéticos, quienes iniciaron un programa de adoctrinamiento de ideólogos chinos con la intención de que estos comandaran el PCCH. Mao los cuestionará con dureza en su ensayo. “¿Cómo puede un comunista tener los ojos cerrados y decir cosas sin sentido?... Únicamente un imbécil se devana los sesos solo o en grupo para «encontrar una solución» o «desarrollar una idea» sin